

CAPITULO III

De la idolatría de los reinos que llaman del Perú. Qué Dioses tenían con otras cosas al propósito.

Así como era diferente la gente del Perú de la Nueva España, así también en todas sus cosas se diferenciaba, y en las cosas de la religión tenía sus diversas y varias costumbres, porque tenían particulares ídolos á quien adoraban, tenían sus dioses de piedras y de madera labrados de diversa labor, los templos comunmente eran edificados en las sierras, y en los más altos peñascos que hallaban.

Era la mayor frecuentación de sus sacrificios en las sierras, ó en las costas del mar, y riberas de los ríos, por respecto de que los dioses

á quien ellos se encomendaban, principalmente presiden á sus panes y mantenimiento común, y á los peces y pesquerías, porque esto era lo que más les importaba en común.

Eran más supersticiosos los del Perú, que los de Nueva España, porque si veían alguna peña, ó roca, ó un gran guijarro que se diferenciaba en algo de los otros, estaban persuadidos que era cosa divina, y que los dioses habían puesto en él algo de su deidad.

Tuvieron los del Perú entre otros dioses muy famosos una Esmeralda, la cual era grandísima y de precio inestimable, ésta no estaba puesta en público, como los demás ídolos, mas teníanla guardada como reliquia y sacábanla en ciertos días señalados, y el pueblo la adoraba, y si alguno estaba enfermo lo llevaban delante de la piedra, y los ministros persuadían á los simples que le ofreciesen dones de otras piedras preciosas y que alcanzarían salud.

Usaron reverenciar poco á poco á los señores y Reyes que les trajeron algunos cómodos y provechosos y fueron justos y virtuosos, y así por tiempos les vinieron á hacer templos y á ofrecer sacrificios.

Después que en aquella gente reinaron los Ingas, todavía hubo más conocimiento de Dios,
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV.

porque se entendió que había Dios, que hizo el cielo y la tierra, y el Sol y Luna y estrellas, y todo el mundo, al cual llamaban Condití Barachocha, que en la lengua del Cuzco quiere decir hacedor del mundo.

Decían que este Dios estaba en los términos postreros de la tierra, y que desde allí miraba y gobernaba todas las cosas y proveía al linage humano; á este comenzaron á ofrecer los principales sacrificios.

Dícese que tenían por opinión que aquel Dios había tenido un hijo muy malo, antes que criase el mundo, y que en todo contradecía al padre, porque el padre hacía los hombres buenos y el hijo malos; el padre hacía montes y él los hacía llanos y los llanos convertía en montes; en fin, ninguna cosa había buena que el dicho hijo no la estragase; por lo cual el padre lo lanzó con enojo en el mar, porque allí muriese mala muerte, pero nunca murió.

Decían que el Sol era el principal criado que Dios tenía, y que por medio dél hablaba á los hombres y hacía todas las cosas que acá hemos menester, y en verdad que no iban muy lejos en esto de la verdad, porque ninguna criatura, (sacados los Angeles y los hombres) representa así los atributos y excelencias de Dios como él,

según lo dice San Dionisio Areopagita en el Divinis nominibus; y así como produzca y tenga tan excelentes efectos y tan diversos, por cierto no es otra cosa sino manifestar y publicar las excelencias y operaciones que en estas cosas criadas obra el criador y verdadero Dios. Por ser el Sol de tanto provecho, le honraban y ofrecían sacrificios diversos, pero la principal reverencia se hacía al criador del mundo, que era dicho, como queda visto, Condití Barachocha.

Aquel primero Rey de los Ingas llamado Pachacuti como fuese hombre virtuoso y republico, comenzó á introducir la religión en el Perú, y para esto quiso informarse de todos los dioses que cada pueblo y provincia tenía, y cuando le venían á dar la obediencia los capitanes y los otros señores y vasallos inquiría qué dioses tenían y adoraban en las provincias donde vivían y qué sacrificios les ofrecían, y á qué necesidades acudían á ellos y desta manera siendo informado de cada uno, supo muchas cosas: unos le decían que tenían el mar por Dios, y estos eran los pescadores, otros á las sierras y riscos muy altos, así como los labradores.

Otros señalaban las aves y animales y árboles que adoraban.

Algunos había que adoraban las zorras, tigres y leones, porque no les hiciesen mal, lo cual acaecía así, porque el demonio domesticaba aquellos animales, porque desta manera tuviese cautivas las preciosas almas.

Otros decían que tenían por dioses á muchos señores que los habían tratado blanda y amorosamente.

Cuando este Rey veía tanta diversidad de dioses, reíase mucho y dábales á entender que muchos de aquellos no era justo que fuesen tenidos por dioses, y así les persuadió á que dejasen muchos dellos, pero viéndolos ya muy persuadidos en aquella burlería se los dejó, mandóles que tuviesen por supremo Dios al Sol, porque decía que el Sol era la mejor cosa de todas y la que más bienes y provechos traía, y que por esto los hombres eran más obligados á tenerlo por su principal dios y porque el pueblo se persuadiese á reverenciar al Sol. Luego hizo sus mismas casas templo del Sol, el cual fué el más solemne que hubo en el mundo, como se verá luego aquí, puso una muy gran asta ó lanza de oro y encima la figura del Sol, de bulto y muy grande, toda de oro, con el rostro de hombre y sus rayos, de la manera que nosotros le pintamos.

Esta figura sacaban algunas veces fuera del templo y la ponían enfrente del Sol, porque decían que el Sol verdadero le comunicaba su virtud al de oro.

Era sobremanera reverenciado de todas aquellas gentes, y dudo yo si el Sol fué en alguna parte tan estimado y servido desde que comenzó la idolatría.

Vése esto entre otras muchas cosas en una, y fué que hizo el Inga edicto público y universal en todos sus reinos y señoríos, por el cual mandaba á todos los señores sus sujetos, y á todos los que de nuevo se venían á sujetar á él, por la fama de sus obras, que cada uno hiciese en los pueblos de su señorío, templo al Sol, y lo adornase y proveyese de suficientes rentas para servicio del Sol, y mantenimiento de los sacerdotes, y que esto fuese más á menos, según la población y lugar, de manera que en todo procurasen imitar al que él había edificado en el Cuzco, y que, puesto que les dejaba los dioses antiguos que cada uno tenía, esto no era porque aquellos fuesen dioses, sino por condescender con ellos; por tanto, que ya que se quedasen con aquellos, tuviesen por principal dios y señor al Sol, y como á tal le edificasen templos y adorasen y sirviesen.

Lo cual se puso así por obra por todas las tierras de su señorío, que ni poco ni mucho era sino unas mil y tantas leguas, y así aunque había en cada provincia templos dedicados á particulares dioses, siempre el más principal y más suntuoso era el del Sol.

Estos eran los dioses de los del Perú, pero sin duda es bien considerar la diligencia que aquel Rey puso en las cosas de la religión, que para hombre sin fe fué muy adelante, en conocer cuán ruines dioses tenían aquellas gentes, y aunque es verdad que él erró en adorar al Sol, que en fin es criatura, todavía merece más perdón, pues escogía la más excelente de las criaturas, cuyos efectos sentimos, entendiendo y confesando tácitamente que la cosa que en las cosas es la mejor, aquella merecía y merece ser dios, cuanto más que expresamente conocía que el Sol era criatura del verdadero Dios, y por no tener más noticia dió en aquel error.

Si otros dioses tuvo aquella gente, no lo hallo aunque este rey primero Inga, también fué tenido por hombre divino, por los hechos y comodidades que trajo á toda aquella gente.

CAPITULO IV

De los suntuosos templos que tuvieron los indios de la Nueva España, con otras cosas muy curiosas que vienen al propósito.

Entre las cosas notables de religión, que por el mundo hallamos memoria, sea entre griegos, ó latinos, ó bárbaros ó cualquiera otra nación, sin hacer agravio, la de los indios excedió á todas, así en sacrificios, como en ministros, como en las demás cosas que se tenían por de perfección para servir al culto divino, y pues hemos tratado de los dioses que estas gentes tenían, vengamos á mostrar qué lugares estaban dedicados para servirlos y honrarlos, porque este orden entiendo que es el mejor que se puede tener en este sujeto, digo pues que adonde hu-

bo en estas provincias pocos dioses y pocas ceremonias, en lo tocante á la religión, así tampoco hubo templos señalados adonde se les hiciesen sacrificios; lo que se sabe de cierto es que el demonio persuadía á algunos que le hiciesen algunas ermitas en los campos, pero eran de pajizas, y no tenían ninguna diferencia de las comunes casas, si algo había más, era que en casa de los señores de los pueblos había unos ciertos apartados más decentes y más bien adornados que el otro resto de la casa, y allí tenían unos ciertos incensarios, ó braseritos de barro con que incensaban y perfumaban algunos ídolos de poco momento.

Esto es lo que se puede decir de algunas naciones que eran tenidas por menos polidas y repúblicas.

Pero dejemos la religión de aquellos, que era muy poca, ó casi ninguna, y vengamos á lo de veras, que cierto es cosa espantable é increíble. Porque los templos que tenían, en número y grandeza excedieron á los que tuvo el resto de la gentilidad, como aquí se podrá ver, y el curioso lector podrá hacer comparación de los templos que hemos señalado, y de los que aquí pintaremos.

Por espacio de cuatrocientas leguas en la

Nueva España llamaban á sus templos Tencalli, éste era vocablo compuesto de esta dición Tentl, que quiere decir Dios, y de Calli, que es casa que quiere decir casa de Dios.

La forma de los edificios de los templos era ésta: cuanto á lo primero adonde se había de edificar el templo había de ser el lugar más agradable y deleitoso que se hallase en el pueblo, fuese el pueblo grande ó pequeño; hacían en él una plaza, ó ciminterio muy grande y capaz, si era en pueblos grandes, si en pequeños conforme al lugar y gente que habitaba allí. Esta plaza era cercada toda de tapia muy alta, dándole sus puertas que salían á las calles y caminos; los cuales venían derechos á dar en las dichas puertas, y en esto eran tan curiosos que hacían los caminos de á legua y á dos de largo, puestos por nivel, para que viniesen derechos al templo, de manera que salían los pueblos y barrios que estaban lejos del templo, y tan derechos venían que era cosa de maravilla verlos de las torres y altos del templo.

Estos caminos tan ordenados se hacían, no sólo para ornamento, mas también para que todos los que caminasen de un barrio á otro fuesen forzados á pasar por él para sacrificar á los dioses y hacerles reverencia.

Dentro de aquel patio, en el lugar más dispuesto, estaba edificada una torre grandísima, y comenzaba por el cimiento muy ancha y subía en alto estrechándose, porque tenía cierta obra que sin echarse de ver por de fuera, en lo de dentro se envolvía el edificio, tenía muchos relexes, que es obra que se embebe dentro de la misma pared.

Esta torre hecha en punta, tenía por la parte Occidental una escalera desde el principio hasta arriba con sus gradas proporcionadas.

Encima de toda esta torre, que propiamente era el templo, había una plazuela y llano tan grande como una sala, y allí estaban dos altares muy grandes á la parte de Oriente; estos se andaban alrededor y el uno estaba edificado á la mano derecha, y el otro á la izquierda, estos estaban cubiertos con sus chapiteles ó capillas. De manera que aunque lloviese no se ensuciasen ni mojasen.

Esto de haber dos altares acaecía adonde había templos grandes, y en los pequeños estaba uno: sobre estos altares había tres sobrados, uno sobre otro, y cada cual se andaba alrededor, como hoy usamos, ciertas galerías y corredoritos en los túmulos de los muertos, ó monumentos.

En la última grada había gran espacio y anchura para que estuviesen los sacrificios y las demás cosas que servían para tal ministerio; este todo era propio templo y todos eran de esta hechura, aunque unos eran mayores que otros así como el de México, que tenía ciento y trece gradas. Y aun en la ciudad de Tezcuco tenía el templo ciento y diez y nueve gradas; había dentro de los mismos patios otros templos menores, y acaecía haber quince, y diez y seis templos juntos cabe el mayor, unos tenían el rostro, ó gradas al Oriente, otros al Occidente, cual al medio día, y otros al Septentrión; en estos no había más de un altar y una capilla, y en cada uno había sus salas y aposentos adonde vivían y se acogían los ministros, sacerdotes y servidores de los dichos templos, unos de los cuales tenían cargo de traer los animales, otros la leña y agua, y cada uno tenía su oficio diferente, eran muchos, y junto á cada uno destes altares había braseros de cal y piedra, y de adobes alzados cuatro palmos ó más, y redondos como una rodela, en los cuales continuamente ardía el fuego, como adelante diremos.

Eran las paredes de aquellos edificios blanquísimas, porque tenían materia acomodada

para esto, los patios estaban enlosados y empedrados con piedras y betún colorado, y con tanto lustre y lisura, que ningún baño se puede dar á alguna vasija que tenga más perfección.

Tenían comunmente dentro de aquellos patios otro templo dedicado al aire, y era redondo y seguido, de manera que se hacía en lo alto un chapitel; llamaban á este dios Queçalcoatl, y este era aquel dios que nombramos atrás, que fué famoso en la ciudad de Cholola.

No sólo había en cada pueblo el templo principal que hemos dicho, y otros junto con él, mas en cada calle y barrio había otros muchos y en los campos y sierras y montañas agrias, y allí había templos adonde parecía que humanamente no se podía hacer edificio.

Tenían puestos por los caminos y entre los sembrados unos pequeños oratorios de la manera que nosotros ponemos los humilladeros y ermitas; había oficiales que continuamente andaban mirando por los reparos, y así no había agujero, ni suelo estragado, que luego no se aderezase.

Parecían los pueblos muy adornados con tantas torres y chapiteles, y con la multitud de los sumptuosos edificios; dentro estaba todo

aquello que se podía desear, porque estaban llenos de muchas riquezas.

Aunque en todas las poblaciones había gran curiosidad en lo tocante á los templos, todavía México y Tezcucó y Cholola excedieron á todo el resto de aquella nación.

México tuvo cien templos principales, sin otra infinidad de otros pequeños.

El principal fué el que tenían los Reyes de México por magnificencia real. Este era llamado por sobrenombre el Grande, y tenían razón de darle este título, porque le convenía.

Primeramente su hechura era de maravillosa obra, porque el patio era tan grande como un tiro de ballesta cada paredón, y era cuadrado y las paredes de piedra de mampostería con mucho primor; tenía cuatro puertas principales que salían á las tres calles principales, que vienen de la tierra firme por las tres calzadas por donde salían de la laguna á tierra, y la otra puerta, que era la cuarta, salía á una calle á la cual entraban con canoas ó barcas por el agua; en medio deste cuadro está una torre con triángulo, ó de tres esquinas hechas de piedra y tierra maciza, y había de esquina á esquina ciento y veinte pasos; cuanto más subía esta obra tanto más se iba estrechando el edificio y haciendo

unos relexes por de fuera muy grandes, los cuales salían afuera, y así tenía otros pequeños.

Es el relex un asiento que queda en un vago en la pared, ó edificio, como si comenzase una pared desde abajo de diez ladrillos en ancho, y subida la pared en alto hasta cierta cantidad de altura, la pared fuese de allí adelante de cinco ladrillos; aquel espacio que queda en vago es dicho relex.

Esta labor también se suele hacer por dentro del edificio, como por de fuera; pero en esta obra era de fuera por respecto de que el edificio era macizo, fenecíase esta obra ó torre en una plaza que tenía setenta pies de ancho, y era cuadrada, y sino fuera por los relexes llevara forma de pirámide, pero como en lo más alto se ensanchase, quedaba como torre cuadrada aunque al principio comenzó en triángulo.

Estaban en aquel llano, ó plaza, dos altares muy grandes, apartados unos de otros, de manera que se podía andar alrededor holgadamente.

Tenían de altura estos altares cinco palmos, tenían encima de sí unas capillas muy bien labradas con sus entalladuras; tenía cada capilla sobre sí tres sobrados con sus corredores y barandas, como los demás templos que hemos di-

cho, salvo que aquí había mayor primor por ser obra de gran magnificencia y que los Reyes habían querido mostrar su grandeza.

Era esta obra tan alta, que se veía de lo alto della toda la laguna con las ciudades y poblaciones que en ella hay, que era cosa notable la vista tan grande.

Tenía al Occidente las gradas para subir á los altares, y eran ciento y trece, y cada grada tenía de alto un muy buen palmo.

Desde la última grada hasta donde estaban los altares, había lugar capaz para poner los sacrificios y estar los ministros y sacrificantes.

Cada uno destos altares tenía su ídolo de piedra tan grande y mayor que un gigante.

Tenía este templo cabe sí más de cuarenta templos menores, y cada uno era dedicado á su dios particular.

Como había tantas torres, adornábase mucho el edificio principal.

Tenía aquí, como dije, el aire su templo y redondo, y la razón que daban para que fuese de aquella hechura era, que así como el aire anda por la redondez del cielo, así también había de ser su templo redondo; tenía la entrada y puerta este templo de hechura de una boca de serpiente ra biosa, con los colmillos espanta-

bles, servían aquellas capillas que estaban sobre los altares de sepultura de los Reyes y señores. De manera que siempre se tuvo por cosa principal el dar las sepulturas en lugares más honrados á los mayores.

Junto á los mismos templos estaban grandes edificios, para donde estuviesen los ministros, y sin estos palacios había otros muy grandes y soberbios adonde ponían las armas, porque como los templos eran como Alcázares de los pueblos, tenían en ellos su munición.

Tenían sin estos aposentos otras tres salas con sus azoteas y muy pintadas, en las cuales había gran infinidad de ídolos de diversas maneras, de piedra, y madera, y cobre, y de diversos metales; para entrar en estas cámaras ó aposentos había unas puertas muy pequeñas y bajas y dentro muy obscuro.

En este patio adonde estaba tan suntuoso templo, tenían para magnificencia en él muchas aves de diversas maneras, y tenían grandes vergeles llenos de muchas flores y yerbas odoríferas.

Tenían los templos grandes fábricas y rentas para conservar el edificio, porque tenían pueblos, heredades y otras ofertas, con que había bastantemente con que proveer á todo.

Cierto ninguna iglesia tienen, ni tuvieron los cristianos, en la cual hubiese tanto aparato y magnificencia.

También los de Colola fueron diligentísimos en edificar templos á sus dioses, y en tanto que en una ciudad tenían tantos templos como días hay en el año.

Y templo tuvieron que tuvo no pasos y piés en número de grandeza, más áun leguas muchas.

En Colola estaba la Metrópoli, ó cabeza de toda su religión, y así todos los grandes señores tenían allí sus capillas y casas particulares, porque venían como en romería á visitar aquel templo por ser el de más reverencia.

Poco antes que llegase la predicación del santo Evangelio á aquellas gentes, comenzaron los Cholutecas, ó los de Colola un templo que si lo acabaran por ventura fuera el más famoso del mundo, porque sólo el pié de la torre, que es cuadrado, tenía de esquina á esquina de largo un tiro de ballesta, y no habiendo subido más que los cimientos, estaba tan alto, que la más ligera ballesta no alcanzara al edificio, y como digo, eran aquellos los cimientos.

Afirman los viejos que áun había subido más la obra de lo que parecía al presente; porque

había sido derribado y caído por no haber proseguido la obra, y según se tiene por cierto, determinaban de subir la obra tan alta, ó más que sobrepujase á la más alta sierra y monte de toda aquella tierra, de manera que por lo menos fuera una legua de alto. Pero cesó la obra por respecto de que vino una muy gran tempestad, y echó dentro del edificio una gran piedra en figura de sapo, de lo cual quedaron tan espantados que no se atrevieron á proseguir la obra comenzada.

Milagro notable.

Este edificio sirvió después de edificar otro templo pequeño, el cual deshicieron los Padres de San Francisco, cuando pasaron en aquellas partes á plantar la fé católica, y pusieron sobre la obra antigua una gran Cruz, y acaeció una cosa notable, que es bien que se ponga aquí para memoria de los cristianos, y fué ésta: que como el demonio viese destruídos los lugares adonde él era reverenciado, y que ponían las armas con que él fué vencido, por permisión de Dios, cayó un rayo y quebró la Cruz, y los frailes volvieron á poner otra, y de la misma ma-

nera fué hecha pedazos; pusieron otra tercera y acaeció como al principio.

Los religiosos, admirados de tal cosa, imaginaron lo que era, y cavando tres estados ó más en aquel edificio, hallaron ciertos ídolos y algunas ofrendas y sacrificios que habían hecho al demonio, y sacadas aquellas cosas inmundas, luego pusieron otra Cruz y permaneció.

Cierto si yo quisiese contar por menudo los templos de las Indias nunca acabaría, porque el número fué infinito, y la labor de ellos extremada en grandeza y en riqueza; pero paréceme que basta lo dicho, y es buen testimonio desto ver que en Tascala se aposentaron dentro de un templo cuatrocientos españoles con sus caballos, munición y sirvientes.